

Vivir algo imposible

Estrella Garrido

El libro de Constanza Tobío, *Madres que trabajan. Dilemas y estrategias*, recientemente publicado en la colección «Feminismos», es un lúcido análisis sobre la primera generación de madres trabajadoras españolas y sobre las estrategias que ponen en práctica para conjugar su deseo y su realidad: trabajar y cuidar a sus hijos. Ante la trascendencia del cambio que están protagonizando la autora llama la atención sobre la escasa asunción, por parte de la sociedad española y del Estado, de los problemas que conlleva la conciliación de la vida laboral y la familiar. No en vano, las madres que trabajan dicen «estar viviendo algo imposible». De la puesta en práctica por las mujeres de esa «imposibilidad» trata este libro.

La mayor parte de la información que le sirve de base proviene de cuatro investigaciones académicas realizadas a lo largo de los últimos ocho años, que combinan el análisis de tipo cualitativo —a través de grupos de discusión y entrevistas en profundidad— con el cuantitativo —Encuesta de Compatibilización Familia-Empleo (1998); Encuestas de Población Activa (1991 y 1995); Censo de Población (1991).

El libro se estructura en tres grandes apartados. En su primera parte, «¿Por qué trabajan las mujeres?», la autora analiza el discurso de las madres trabajadoras y de sus razones subjetivas. Así, aborda en el primer capítulo lo que representa el trabajo remunerado para las mujeres de 20-49 años que trabajan y tienen hijos. Una primera razón que mencionan es la necesidad económica familiar (57%). La segunda razón, situada a una distancia considerable de la primera, es la independencia económica individual (14%), que

viene asociada a una pluralidad de factores relacionados con la seguridad, la autonomía y la independencia. Y es que ya no se percibe la familia como un lugar seguro para toda la vida, y el trabajo es el factor principal a través del cual adquirir una nueva forma de seguridad individual.

Una tercera razón por la que las mujeres desean trabajar tiene que ver con el deseo de ejercer la profesión para la que se han formado (9%), relacionada con la importancia que se le da a la educación. Para el 8% de las entrevistadas, el gusto por el trabajo aparece como la razón principal por la que lo hacen, mientras que para un 5% es la realización personal la razón principal para trabajar, muy relacionada con el gusto, el deseo y el placer. Para otro 5% trabajar significa salir del ámbito cerrado del hogar y abrirse a la relación social. Y para un 1% el trabajo estructura la vida y constituye un soporte básico.

Sin embargo, cuando se estudian las segundas y terceras respuestas dadas por las entrevistadas, cobra mucha más importancia la independencia económica individual, quedando las restantes razones con mucha menos relevancia. En este sentido, el nivel socioeconómico de las mujeres diferencia fuertemente las razones para trabajar.

En definitiva, parece que las madres trabajadoras españolas tienen una fuerte orientación a la actividad laboral y sólo una minoría desearía abandonar su empleo. Sin embargo, al mismo tiempo perciben su doble rol como una situación «imposible». Ante ello, la autora indaga en diversas contradicciones que surgen del análisis del discurso de las entrevistadas y que no hacen sino reflejar la fase de transición en la que viven. Frente a la idea del trabajo femenino como voluntario y complementario, se opone el discurso sobre el trabajo como obligatorio y necesario para las mujeres. Lo cual es un hecho evidente en el caso de las madres en situación de mono-



Constanza Tobío
Madres que trabajan, dilemas y estrategias,
Cátedra-PUV-Instituto de la Mujer,
Madrid, 2005, 296 págs.

parentalidad, para quienes trabajar es ineludible. En esta situación, el entusiasmo hacia el trabajo como actividad placentera y gratificante resulta, obviamente, menor.

Además, la imagen de la mujer trabajadora como modelo ideal tiene una potente capacidad de identificación frente al modelo negativo de su opuesto, el ama de casa, en el que pocas mujeres quieren reconocerse. La etapa franquista en nuestro país impuso una regresión al modelo decimonónico de mujer, y la idea de servicio como característica femenina se instauró en el discurso oficial sobre las mujeres. Sólo muy recientemente, ya en el nuevo milenio, se ha empezado a hablar abiertamente de la necesidad de políticas de familia encaminadas a la conciliación de la vida laboral y familiar.

Frente al modelo de ama de casa relacionado con lo doméstico y la reclusión, coinciden las entrevistadas en que la percepción social ha cambiado, y en que las mujeres que trabajan están mucho mejor valoradas socialmente. Paralelamente, y en especial entre las mujeres de clase baja, la autora encuentra un discurso positivo acerca del ama de casa como opción vital, bien a través de lo que llama la «fantasía del ama de casa rica» o la «fantasía de vuelta atrás» a un modelo anterior, rural, tradicional y austero, como una imagen de paz que no sopesa, sin embargo, lo que también tiene de renuncia. Aparece asimismo un discurso reivindicativo, aunque minoritario, que reclama el reconocimiento económico y social del ama de casa, particularmente por parte del Estado. La autora cierra esta primera parte con un interesante análisis que desvela además algunos tópicos sobre la percepción social de la familia, las mujeres, y el trabajo.

La segunda parte de la obra, «Nuevos roles laborales, viejos roles familiares», aborda las contradicciones entre este nuevo modelo laboral, caracterizado por la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado, y el viejo modelo familiar con el que sub-

siste, basado en la clásica división del trabajo según el género.

Así, el capítulo cuarto indaga en el cambio social experimentado por las tres generaciones: abuelas, madres trabajadoras e hijas. Las madres trabajadoras de hoy se perciben a sí mismas como una generación de transición, ambivalente, entre un pasado que rechazan representado por sus madres y un futuro incierto, para el que intentan transmitir a sus hijas que lo principal es su propia autonomía individual.

Y sin embargo, la ayuda de las abuelas de la primera generación ha resultado decisiva para la incorporación de las mujeres al trabajo, representando un fenómeno nuevo que responde a nuevas necesidades que todavía no han encontrado respuesta social. Como concluye la autora, la solidaridad privada entre generaciones sustituye a la escasa solidaridad pública en un momento histórico de cambio social.

En la misma línea, el apartado siguiente pone de manifiesto la inercia del viejo orden doméstico al tiempo que desgrana algunas de sus piezas esenciales. Tras las fuertes exigencias de la responsabilidad doméstica de las madres trabajadoras aparecen frecuentemente sentimientos de culpa y de tristeza, unidos a las dudas acerca de los efectos de su trabajo sobre sus hijos. Al mismo tiempo, sin embargo, también todo ello constituye una forma de poder subalterno al que cuesta renunciar. Como señala la autora, todo parece girar en torno al papel de la madre en el hogar, cuya posible desaparición es asociada con la propia desaparición de la familia.

En definitiva, las madres trabajadoras se encuentran «entre dos aguas»: entre la inercia de un hogar tradicional, familiar y doméstico que en bastantes aspectos se desea preservar, y su acceso entusiasta al mundo laboral externo, para el que todavía no existen modelos de organización social acordes con el cambio de los tiempos. Una vez más la clásica oposición entre dos mundos: el familiar-privado frente al laboral-público.

① Según un informe sobre la igualdad entre hombres y mujeres encargado por Lionel Jospin a finales de los años noventa.

Esta dicotomía es analizada en el capítulo sexto, «Familia y empleo: mundos encontrados, mundos invertidos». No sólo el papel que desempeña la familia para hombres y mujeres que hacen carrera en el mundo profesional es diferente, también las responsabilidades familiares se perciben como un obstáculo para la participación de las mujeres en el empleo. Según datos del Eurobarómetro (1993), más de la mitad de los encuestados de ambos sexos afirmaba que los hijos dificultan el trabajo de las mujeres, pero muy pocos señalaban que ello constituya un obstáculo para la actividad laboral de los hombres.

Las madres trabajadoras cargan con la sospecha de una falta de dedicación o interés profesional, ya que se asume que su prioridad son los hijos. Además, los empleadores tienen fuertemente arraigado el prejuicio de que las obligaciones familiares reducen la productividad y la disponibilidad de las ocupadas, que con frecuencia recurren a ocultar su situación personal. Ante la fuerza de este prejuicio negativo hacia las madres en el mundo del trabajo la autora se cuestiona hasta qué punto responde a la realidad. Y aunque la idea de los hijos como obstáculo para las madres tiene su peligro, lo cierto es que lo son, no sólo por el hecho de que toda mujer es «sospechosa» de ser o llegar a ser madre sino porque, efectivamente, los hijos requieren un cuidado y atención que generalmente recaen en ellas. El peligro consiste en poner el énfasis en las dificultades para hacer compatible familia y empleo, en lugar de denunciarlas y llamar la atención sobre la inexistencia de un nuevo modelo social y de cuidado acorde con la familia de dos perceptores. A veces las dificultades para compatibilizar familia y empleo son tales que las mujeres optan por renunciar a uno de esos mundos. Como señala la autora, todavía las mujeres, y especialmente las madres, están demostrando que «pueden», y en lugar de exigir y reivindicar prefieren «arreglarse», «organizarse» y aferrarse al empleo, casi desconocedoras de la trascendencia de su incor-

poración al mundo del trabajo y de lo «valiosas» que resultan en la economía: la totalidad del incremento de actividad registrado en Estados Unidos y Europa desde los años setenta proviene de las mujeres ①.

La segunda parte de la obra se cierra con un análisis sobre los efectos de la superposición del trabajo laboral y doméstico en la vida de las mujeres, puesto que sus nuevas responsabilidades laborales siguen conviviendo con sus viejas responsabilidades domésticas sin que la familia y la organización social hayan experimentado grandes cambios. Los efectos son más que evidentes: un aumento del tiempo total de trabajo de las mujeres, tanto del tiempo que dedican al trabajo doméstico como al remunerado.

Esta doble implicación profesional y personal conlleva un elevado coste personal para las mujeres, en el que el cansancio, la sensación del «vivir al día», la fuerte insatisfacción respecto a su participación en cada uno de los mundos o la percepción de estar viviendo «algo imposible» son sólo algunos de los síntomas de su creciente malestar. Como señala la autora, a las madres trabajadoras les falta tiempo para todo, pero sobre todo para sí mismas.

Ante esta nueva realidad, la tercera parte del libro se dedica a analizar las diferentes estrategias que las mujeres ponen en juego para tratar de compatibilizar su doble presencia en la familia y en el mundo laboral.

Así, el capítulo octavo parte del concepto de estrategia, empezando por las diferentes aproximaciones teóricas al mismo. La autora precisa que utiliza la noción de estrategia como instrumento teórico para el análisis de las prácticas sociales de las madres trabajadoras en su vida familiar y laboral. Lo que resulta pertinente dado el particular momento histórico, caracterizado por un rápido e intenso cambio social en la posición y el comportamiento de las mujeres. Sus estrategias son prácticas encaminadas a cambiar su posición en los diferentes ámbitos, así como a responder a los nuevos problemas que ello plantea. Los componentes de intencionalidad

e innovación cobran especial importancia en este tipo de estrategias.

Ante las nuevas situaciones que plantea la actividad laboral femenina, la autora señala cómo en algunos países ésta ha sido fuertemente apoyada por el Estado a través de políticas públicas específicas encaminadas a facilitar la conciliación de la familia y el empleo. Pero hasta en esos países adelantados persisten diferencias de género muy significativas. Por el contrario, donde no hay apoyos públicos, las mujeres tienen que asumir directamente sus acciones encaminadas a hacer posible su doble responsabilidad, desarrollando prácticas sociales que exigen un elevado componente de cálculo y previsión.

Se dan distintos tipos de estrategias que la autora diferencia entre principales —aquellas que por sí mismas son suficientes— y complementarias. Y hay también estrategias indirectas o inconscientes, frente al grado de cálculo y racionalidad que normalmente tienen. Además, hay dos estrategias generales que aparecen mayoritariamente: la lógica combinatoria que suma recursos y, paralelamente, la organización, la planificación y el control, hasta el punto de que el modelo implícito es la taylorización del hogar en el que las mujeres asumen funciones directivas. El problema viene cuando irrumpe lo inesperado y la angustia se desata. Por ello, las mujeres vigilan estrechamente lo que ocurre en casa valiéndose de una serie de instrumentos: las listas, las notas, las agendas y el teléfono.

Lo doméstico se percibe así como una responsabilidad propia —todavía— de las mujeres, aunque se da a la vez un discurso de exigencia hacia los hombres de una mayor implicación en la cotidianidad de la vida familiar y doméstica. De hecho, los hombres aparecen en el discurso de las entrevistadas como un recurso más con el que pueden, o no, contar, si bien su participación en el trabajo doméstico figura en el modelo de futuro que imaginan las madres entrevistadas.

El siguiente capítulo pone de manifiesto la ayuda de la red familiar, que constituye el recurso clave para compatibilizar los mundos laboral y familiar en dos de cada tres casos. El protagonismo es para las abuelas, lo que ha venido a ser posible dada la creciente autonomía de los mayores en nuestro país. Son estas «abuelas cuidadoras», auténticas «madres vicarias», el recurso y estrategia principal con el que cuentan las madres trabajadoras. En el caso español, la ayuda de la generación anterior parece seguir una doble lógica de consanguinidad y de género. Asimismo, comparativamente con otros países —como Francia, por ejemplo—, la solidaridad intergeneracional sustituye la ineficaz acción del Estado, aún representando una solución provisional para una generación de transición. Como concluye la autora, lo que era un asunto de mujeres emerge como nuevo problema social que a todos concierne.

Por su parte, el capítulo décimo aborda el retorno del servicio doméstico a partir de los años noventa, ligado a las nuevas demandas asociadas al fuerte aumento de la actividad laboral femenina, así como a la nueva disponibilidad de trabajadoras inmigrantes. Como resultado, se produce una sustitución de las responsabilidades domésticas y de cuidado de las mujeres europeas por mujeres inmigrantes a través de mecanismos de intercambio desigual —según el concepto de «cadena global de cuidado» elaborado por Arlie Hochschild.

La autora analiza los diferentes tipos de ayuda doméstica remunerada en función de tres factores: el nivel socioeconómico, las horas de trabajo y la situación familiar. De todo ello se desprende que parece haber una lógica social en las formas en que unas mujeres sustituyen a otras en las tareas de cuidado y de mantenimiento del hogar. Indirectamente, el trabajo de las abuelas como recurso principal de las madres trabajadoras de clase baja está soportando la estrategia de las clases medias y altas basadas en la ayuda doméstica remunerada. Lo que tienen en común la ayuda de la red fa-

miliar y la ayuda remunerada es que se trata de un proceso de sustitución de unas mujeres por otras. Así, el cuidado sigue siendo un asunto de mujeres.

Como conclusión, la autora se plantea hasta qué punto este tipo de estrategias de sustitución están retrasando la asunción social de las implicaciones del nuevo rol laboral de las mujeres y manteniendo un modelo que ya no se corresponde con la nueva lógica laboral y familiar. De esta manera, los hombres y el Estado, así como las empresas e incluso el mercado, pueden seguir permaneciendo ajenos a la problemática de la conciliación familiar y laboral, como si no estuvieran también concernidos.

El siguiente capítulo trata de mirar hacia el futuro, abordando la incorporación de los hombres a lo doméstico. La autora analiza los datos más recientes de la «Encuesta sobre el empleo del tiempo» (2003): las mujeres españolas que trabajan dedican 4 horas y 29 minutos por día al hogar y la familia, frente a 1 hora y 29 minutos que dedican los hombres. Llama la atención que dos de cada tres de las entrevistadas manifiesten una percepción de desigualdad que no se traslada mecánicamente a una exigencia de mayor participación de los hombres en lo doméstico. Dicha participación está asociada, principalmente, a la edad y a la clase social, y parece tener un carácter más complementario que alternativo. De hecho, los hombres «ayudan» cada vez más en casa, pero rara vez comparten la responsabilidad doméstica.

Y aunque las mujeres quieren que los hombres aumenten su participación en el hogar, no está tan claro hasta qué punto quieren compartir la toma de decisiones. Un reparto más equitativo exige una lenta estrategia a desarrollar en el interior de los hogares y se basa, según las entrevistadas, en la reeducación de los hombres. Aunque ello implicaría también educarse a sí mismas en cuanto a las pautas tradicionales interiorizadas.

Se abordan a continuación las categorías del espacio y el tiempo y la fuerte inercia de su organización social en las ciuda-

des actuales, que lleva a provocar desajustes importantes. Así sucede al generalizarse la doble ocupación familiar, donde la diferenciación entre dos formas distintas de uso del espacio (habitar / trabajar) se convierte en superposición, especialmente para las mujeres. Aunque las madres trabajadoras constituyen el grupo social que más claramente representa nuevas formas de vida, sin embargo, es el que más experimenta como obstáculo la vigente organización del tiempo y del espacio.

A pesar de ello, la autora destaca cómo las madres que trabajan utilizan el espacio y el tiempo también como recursos estratégicos, muy por delante del mercado o del Estado en más de un cuarto de las mujeres entrevistadas. Las estrategias espaciales que se mencionan se refieren a la proximidad entre las funciones urbanas (vivir cerca del trabajo y cerca del colegio de los niños); el recurso temporal que se menciona es el horario de trabajo. Como consecuencia, el ámbito espacial de las actividades laborales de las entrevistadas es más reducido que el de sus parejas masculinas.

Asimismo, la condición de madres no acorta sustancialmente el número de horas de trabajo, y el hecho de que el trabajo a tiempo parcial sea fundamentalmente femenino resulta también un indicador de la relación desigual entre mujeres y hombres, en la que las tareas de cuidado siguen siendo una responsabilidad escasamente compartida.

Por otra parte, el análisis de los centros escolares y su carácter de recurso insuficiente ocupa el penúltimo capítulo de la obra. De esta manera, si las guarderías y centros son lugares de cuidado y acogida a los menores mientras los padres están trabajando, deberían ser uno de los recursos principales para hacer compatibles trabajo e hijos. Sin embargo, sólo el 1,5% de las entrevistadas los señala como un factor que facilita la conciliación entre la actividad laboral y las responsabilidades familiares. Además, la demanda de centros para el tramo de 0-2 años sobrepasa la oferta existente.

Tres son los puntos negros de la conciliación que analiza la autora: las enfermedades de los niños, la falta de coordinación entre los horarios laborales y los escolares, y las largas vacaciones escolares. Por lo que respecta a las políticas públicas, la Ley de Conciliación de la Vida Laboral y Familiar de 1999 contempla reducciones de la jornada laboral por razones familiares, pero no permisos puntuales por enfermedades de los hijos, que son el mayor punto negro de la conciliación.

Finalmente, el último capítulo aborda las estrategias extremas y las indirectas, que tampoco consiguen hacer compatibles de forma satisfactoria la actividad laboral y el cuidado de los hijos. Como precisa la autora no son en realidad estrategias, ya que este concepto implica una cierta capacidad de elección y, con frecuencia, aparecen como la única solución. Tres son los tipos de estrategias extremas que se ponen en práctica: dejar el trabajo —de forma permanente o temporal—, llevar a los hijos al trabajo, y dejarlos solos mientras los padres trabajan.

Una estrategia indirecta, no reconocida claramente como tal, es la reducción o el retraso en el número de hijos que se tienen. Si hasta principios de los años setenta se observa en Europa una clara correlación negativa entre las pautas de fecundidad y la actividad laboral femenina, la situación cambia durante los años ochenta, y ya a partir de los noventa se invierte: los países del Sur de Europa, especialmente España e Italia, son los que registran en 2001 a la vez la actividad laboral más baja de las mujeres y la menor fecundidad, y al contrario en el Norte de Europa. Lo más significativo de este cambio es el bajo nivel que alcanza la fecundidad en Italia y España, situándose muy por debajo del nivel de reemplazo de las generaciones desde hace más de quince años.

Llama la atención que tanto en diversos trabajos cualitativos como en los discursos analizados no aparece, por lo general, una relación directa entre el número de hijos habidos o deseables y el trabajo remu-

nerado, sino que éste se asocia más bien a la situación económica familiar. Pero el dato es que una de cada cuatro madres trabajadoras reconoce haber retrasado los hijos por este tipo de motivos, elevándose a un 33% entre las más jóvenes. Incluso, llegar a tener el primer hijo se percibe en ocasiones como «imposible», porque implica elegir entre el mundo profesional y el familiar. En cualquier caso, la natalidad aparece como un «problema» para el trabajo, y así se refleja en el discurso repetido entre las madres trabajadoras acerca de la «imposibilidad» de ser madre y además trabajar.

Ante esta dificultad y la falta de un modelo de referencia para la nueva situación, la primera generación de madres trabajadoras va buscando soluciones provisionales y de urgencia. Pero la magnitud de estos cambios sólo se observará plenamente cuando esta primera generación de mujeres, que tienen hoy menos de cuarenta años, alcance los sesenta habiéndose mantenido activas laboralmente.

Como señala la autora en su «Conclusión», quizás el retraso y la rapidez del cambio puedan explicar la limitada sensibilidad del conjunto de la sociedad española hacia las consecuencias de tal transformación. A ello se une la propia actuación de las mujeres, que intentan dar respuesta y hacer lo posible para poder llevar adelante esa doble vida esquizofrénica entre la casa y el trabajo, pero al precio de un elevado coste personal.

Las estrategias privadas e informales que sintetiza la autora para que las mujeres puedan seguir sosteniendo su deseo y su realidad como madres trabajadoras son: los procesos de sustitución y delegación de unas mujeres por otras; la racionalización de lo doméstico y el sobreesfuerzo de las madres que trabajan; y educar a los hombres.

Por lo que respecta al papel del Estado y las políticas públicas, las madres trabajadoras parecen confiar poco. Además de por la escasa asunción del problema como una cuestión que afecta al conjunto de la so-

ciudad –permaneciendo éste así como un asunto de mujeres–, quizás ello tenga que ver también con el tardío desarrollo del «Estado del Bienestar» en nuestro país –algo así como haber «llegado tarde». Como analiza la autora, la presencia del Estado en otros países ha sido con frecuencia escasa en las primeras fases de incorporación de las madres al empleo, pero en muchos casos se ha compensado después con una importante actividad pública al normalizarse la doble ocupación de las mujeres. Si ello no ocurre, la inacción del Estado produce efectos negativos, y la temporalidad y precariedad del trabajo femenino o la escasa fecundidad son fieles indicadores de tal situación.

Se hace necesario, por tanto, que la sociedad asuma el cambio social que las mujeres están protagonizando, máxime si entendemos que la actividad laboral femenina es una necesidad no sólo de las familias, sino también de la economía en su conjunto.

La autora concluye proponiendo una serie de dispositivos principales para abordar los problemas concretos más acuciantes que se plantean hoy en relación con la conciliación del trabajo y el cuidado de los hijos: los permisos parentales para el cuidado familiar; los servicios públicos de cuidado de niños; y diversas formas de asignaciones monetarias para el cuidado de los mismos.

Un enfoque integral del problema supondría ir más allá y partir de las transformaciones en las relaciones de género y en la familia. Como denuncia la autora, es el esfuerzo y el exceso de responsabilidad de las mujeres lo que está permitiendo que el mundo del trabajo, los hombres y el Estado no se den por aludidos ante la transformación que estamos experimentando. Pero el creciente malestar de las mujeres acabará por pasar la factura a todos los concernidos por este cambio social, que es al fin y al cabo de lo que se trata, aunque sea para no seguir creyendo que el futuro es sólo un asunto de mujeres.

Avisos para navegantes

Paloma Alcalá y Oliva Blanco

Los graves disturbios que asolaron recientemente París y otras ciudades francesas ponen de plena actualidad el libro *Ni putas ni sumisas* publicado en 2004 (un año después de su aparición en Francia) por Ediciones Cátedra en colaboración con la Universidad de Valencia en su colección Feminismos. El libro de Fadela Amara plantea en toda su crudeza, como una especie de premonición, la situación de violencia existente en la *banlieu* parisiense varios años antes de que estallaran en el



Fadela Amara
(con la colaboración de Sylvia Zappi)
Ni putas ni sumisas
Cátedra-PUV-Instituto de la Mujer,
Madrid, 2004, 180 págs.

país vecino los recientes conflictos que han conmocionado a la opinión pública europea. El libro narra de forma directa y autobiográfica cómo surge a partir de los años ochenta del pasado siglo el malestar en los suburbios, mayoritariamente habitados por población de origen inmigrante.

Inicialmente, la protesta se articuló en torno a movimientos mixtos (de varones y mujeres) nacidos y educados en Francia conocidos como *beurs* y *beurettes** y cuyo lema era «No toques a mi colega», con un sentido sociopolítico y de reivindicación de mejora de las condiciones sociales de esos barrios. Como dato significativo merece la pena destacar que el movimiento SOS-Racismo se origina en este contexto y situación.

Pero a partir de 1990 las mujeres comienzan a percibir cómo su propia situación en estos barrios empeora. En palabras de Fadela Amara empieza una «deriva masculina», que consiste en que «los hombre jóvenes son

(*) *Beurs* designa a los inmigrantes magrebíes de segunda generación.